

PRÓLOGO
Á LAS OBRAS POÉTICAS

DE DON JOSÉ ZORRILLA.

Era una tarde de Febrero. — Un carro fúnebre caminaba por las calles de Madrid. Seguíanle en silenciosa procesion centenares de jóvenes, con semblante melancólico, con ojos aterrados. Sobre aquel carro iba un ataud; en el ataud los restos de Larra; sobre el ataud, una corona. Era la primera que en nuestros dias se consagraba al talento: la primera vez acaso que se declaraba que el génio es en la sociedad una aristocrácia, un poder. La envidia y el ódio habian callado; los hombres de la moralidad dejaban para despues la moral taréa de roer los huesos de un desgraciado, y nadie disputaba á nuestro amigo los honores de su fúnebre triunfo. Todos tristes, todos abismados en el dolor, conducíamos á nuestro poeta á su capitolio, al cementerio de la puerta de Fuencarral, donde las manos de la amistad le habian procurado un nicho. Un numeroso concurso llenaba aquel patio pavimentado de huesos, incrustado de lápidas, entapizado de epitafios; y la descolorida luz del crepúsculo de la tarde daba palidez y aire de sombras á todos nuestros semblantes.

Cumplido ya nuestro triste deber, un encanto inexplicable nos detenía en derredor de aquel túmulo; no podíamos separarnos de los preciosos restos que para siempre

encerraba, sin dirigirles aquellas solemnes palabras que tal vez oyen tambien los muertos ántes de adormercerse profundamente en su eterno letargo. Entónces el Sr. Roca de Togores, levantando penosamente de su alma el peso de dolor que la oprimia, y como revistiéndose de la sombra del ilustre difunto, alzó su voz. Larra se despidió de nosotros por su boca, y nos refirió, por la vez postrema, la historia interesante de sus borrascosos, brillantes y malogrados dias.

En aquel momento nuestros corazones vibraban de un modo que no se puede hacer comprender á los que no lo sientan; que los mismos que lo hayan sentido lo habran ya olvidado; porque de los vuelos del alma, de los arrebatos del entusiasmo, ni se forma idéa, ni queda memoria; que en ellos el espíritu está en otra region, vive en otro mundo; los objetos hacen impresiones diversas de las que producen en el estado normal de la vida; el alma vé clara los misterios, ó crée, porque lo siente, lo que tal vez no puede comprender. Se vé entónces á sí misma, se desprende, y se remonta del suelo; conoce, vé, palpa que ella no es el barro de la tierra; que otro mundo le pertenece; y se eleva á él, y desde su altura, como el águila que vé el suelo y mira al sol, sondéa la inmensidad del tiempo y del espácio, y se encuentra en presencia de la Divinidad, que enmedio del espácio y de la eternidad preside. Entónces no se puede usar del lenguaje del mundo, y el alma siente la necesidad de otra forma para comunicar lo que pasa en su seno.

Tal era entónces nuestra situacion. No era sólo amistad lo que sentíamos; no era tampoco meramente la contemplacion profunda de aquella muerte desastrosa, de aquella vida cortada en flor, la vista de aquel cementerio,

la inauguración de aquella tumba, la serenidad del cielo que nos cubría, la voz elocuente del amigo que hablaba; no era exclusivamente nada de esto; era todo reunido, ó más que todo esto, para elevarnos á aquel estado de inexplicable magnetismo en que en una situación vivamente sentida por muchos, parece que se ayudan todos á sostenerse en las nubes. ¡Ah! Pero nuestro entusiasmo era de dolor. Llorábamos—sábenlo el cielo y aquellas tumbas!—y al querer dirigir la voz á la sombra de nuestro amigo, pedíamos al cielo el lenguaje de la triste inspiración que nos dominaba, y buscábamos en derredor de nosotros un intérprete de nuestra aflicción, un acento que reprodujera toda nuestra tristeza, una voz donde en comun concierto sonasen acordes las notas de todos nuestros suspiros.

Entonces, de enmedio de nosotros, y como si saliera debajo de aquel sepulcro, vimos brotar y aparecer un joven, casi un niño, para todos desconocido. Alzó su pálido semblante, clavó en aquella tumba y en el cielo una mirada sublime, y dejando oír una voz que por primera vez sonaba en nuestros oídos, leyó en cortados y trémulos acentos los versos que van insertos en la página primera de esta colección, y que el Sr. Roca tuvo que arrancar de su mano, porque desfallecida á la fuerza de su emoción, el mismo autor no pudo concluirlos. Nuestro asombro fué igual á nuestro entusiasmo; y así que supimos el nombre del dichoso mortal, que tan nuevas y celestiales armonías nos había hecho escuchar, saludamos al nuevo bardo con la admiración religiosa de que aún estábamos poseídos; bendijimos á la Providencia, que tan ostensiblemente hacía aparecer un genio sobre la tumba de otro, y los mismos que en fúnebre pompa habíamos conducido al

ilustre Larra á la mansión de los muertos, salimos de aquel recinto llevando en triunfo á otro poeta al mundo de los vivos, y proclamando con entusiasmo el nombre de Zorrilla.

No he recordado aquí aquella tarde por el placer de describir una escena grande y poética. Más poética y más grande fué seguramente que mi descolorida descripción, aunque en el torrente de las escenas que á nuestros ojos pasan, ya se haya hundido, y ya casi todos la hayan olvidado. El autor de estas líneas no podrá borrarla de su memoria. Entonces empezó á sentir hácia el ilustre poeta á quien la consagra, el afecto que con él le une, y que es demasiado tierno para que no forme época en su vida: entonces empezó el público á conocer las producciones de este ingenio; y la impresión que de ellas ha recibido es demasiado profunda, para que no se marque muy distintamente en los anales de la literatura contemporánea. Pero no ha sido esta precisamente la razón de recordar aquella escena. Yo he tomado nota de ella, y la he consignado al frente de estas páginas, porque aquella original aparición me ha sugerido las reflexiones que voy á hacer sobre la índole y carácter de estas poesías.

Cuando oímos los versos de que acabo de hacer mención, todos los que tuvimos la fortuna de escucharlos, sentimos la inspiración que los había dictado, y comprendimos el idealismo en que estaban concebidos, porque también nosotros estábamos inspirados, y también nuestra existencia vagaba por las regiones de lo ideal y de lo eterno. Nos hallábamos al nivel del autor, á la altura de su mismo genio, y en estado de sentir lo que él tal vez no hizo más que expresar: porque entonces, como

los primitivos poetas, como los bardos en sus banquetes, como Píndaro en los juegos olímpicos, tomaba entusiasmo de nuestro entusiasmo, llanto de nuestro llanto: era el foco del espejo, y reflejábanse en él concentrados los rayos que tal vez de nosotros mismos partían. Así que á nadie pudo ocurrírsele que aquella producción no fuese natural, espontánea, como su mirar, como su acento, como el color de su semblante y el llanto de sus ojos. Nadie pudo ver en ella la imitación de tal autor, ó los principios de tal escuela: nadie discutió si era *clásica* ó *romántica*, *oriental* ó *filosófica*. Era una composición de allí, de aquel poeta, de aquel momento, de aquella escena, para nosotros, en nuestra lengua, en nuestra poesía, en poesía que nos arrebató, que nos electrizó, que comprendimos, y sobre cuyo mérito, género y formas no se suscitaron discusiones ni críticas.

Y sin embargo, el autor la había escrito algunos momentos ántes de aquella reunión, á solas en su gabinete, sin auditorio que la escuchara, y bajo la inspiración de su dolor y de su génio. Si á solas también la hubiera leído á cada uno de sus oyentes, ¿hubiera producido el mismo efecto? ¿La hubieran hallado tan ideal, tan bella, tan original y tan espontánea? No seguramente. Para uno hubiera sido incomprensible una frase, otro hubiera encontrado exageración ó falta de verdad en un pensamiento: un oído *fino* hubiera sentido flojo, duro, ó arrastrado algún verso: un entendimiento metódico, observaría la falta de orden, de conexión y enlace entre sus ideas: cuál la tendría por *vaga*, y haría notar que su lectura no dejaba en el alma ninguna idea fija. Y ¿qué más? La mayor parte tal vez, no hubieran visto en ella más que una imitación de Victor Hugo ó de Lamartine.

Pues lo que hubiera sucedido á aquella composición así leída, sucede todos los días, no precisamente con respecto al público, sino con respecto á los inteligentes y críticos, con otras que se han dado á luz. Todas ellas suscitan las mismas vanas y ociosas cuestiones; y solo los corazones sensibles y no gastados, que se entregan de buena fé al ímpetu del sentimiento, y que unísonos desde luego al tono del poeta, vibran con todas las modulaciones de su laud, y obedecen á todos los caprichos de su inspiración, se encuentran con respecto á las demás poesías de este autor en el caso en que todos nos hallamos cuando su aparición en el cementerio. Entonces su inspiración había volado sola, á donde nuestro entusiasmo volvió después; su inspiración siguió siempre la misma, tal vez más poderosa, más alta, más fuerte, más profunda; pero no siéndonos siempre posible ponernos en la esfera de su atracción, vemos á veces sus cuadros desde un punto en que no tienen perspectiva, ó no oímos de su lira más que el ruido de los trastes. De ahí la mayor parte de esas disputas ó críticas: de ahí esas frases incomprensibles para los que quisieran hallar en los versos ecuaciones y silogismos: de ahí ese *gongorismo* para los que piensan que la poesía es solo un medio de hablar, y no un modo de sentir, una manera de ser: de ahí, en fin, la pretensión de que estos versos son imitaciones de un autor, ó doctrinas de una escuela, por parte de los que todavía están aferrados en creer que la poesía es *un arte de imitación*, y que puede ser un método de hacer exposiciones de teorías políticas ó sistemas filosóficos.

Empero los que tienen corazón y alma, y los que saben que con estos, y no con los dedos y con las palmas, se hacen los versos, saben también lo que signifi-

can estas impugnaciones, y lo que hay en ellas de verdadero ó inexacto. El autor de este prólogo está muy distante de creer que sean obras perfectas los primeros preludios poéticos del amigo á quien le consagra: el entusiasmo que le arrebató, no le ciega; ha querido sin embargo demostrar cómo muchos de los defectos que se atribuyen á una obra pueden consistir en el modo de juzgarla, y sobre todo, ha querido protestar contra ese tema de que es imitación y amaneramiento de escuela lo que es tan espontáneo y tan natural como las flores del campo, y como las rocas de los montes.

Siglos hay, sí, que inspiran un mismo tono á todo el que los canta: principios, idéas, y sentimientos generales, dominantes, humanitarios, que presidiendo á una época y á una generacion, se reproducen en todas sus obras y bajo todas sus formas. Pero entónces la analogía no es el plágio, la semejanza no es la imitación, ni la consonancia el eco; entónces, por el contrario, la conformidad es el sello de la inspiracion y de la originalidad: entónces dos obras se parecen, y distan entre sí un mundo entero: entónces, dos autores se imitan sin conocerse; entónces se notan armonías y correspondencias entre la Biblia y Homero: entónces se copian Shakespeare y Calderon. Es un sol refulgente que reverbera en todos los cuerpos que ilumina: es una luna melancólica que reproduce todos los objetos que baña con sus pálidos rayos.

Sí. El siglo de Byron, de Hugo, de Chateaubriand debe inspirar tambien á los vates españoles; pero su inspiracion no ha de dejar de ser propia y española, como del siglo y de los objetos que canten. Póngase cada uno á mirar sus cuadros á la luz que alumbró: verá tal vez en su fondo el reflejo del cielo que los cubre; pero no

colores prestados de ajena paleta. Fórmese para cada composicion un teatro como el del cementerio, y verán todos en ella la inspiracion original, la naturalidad, la unción, la verdad, la belleza ideal, y la celestial armonía que creyeron ver en la primera; percibirán clara y luminosamente lo que algunos no comprendieron; se sentirán en la presencia real de lo que tal vez les pareció vision y quimera; les sorprenderá la exactitud de lo que creyeron exagerado, y hallarán por último que lo que afectan llamar romanticismo, no es más que la poesía, la naturaleza, la verdad.

A otra série de reflexiones dió, además, lugar en mi alma la escena de aquella tarde; reflexiones que algunos no comprenderán tampoco, y que otros muchos comprenderán solamente para fulminar contra ellas el anatema del ridículo, y para acogerlas con la sardónica ironía que entre nosotros se afecta hácia todo lo que no es materialmente positivo y humanamente lógico; hácia todo lo que propende á hacer intervenir al cielo en lo que pasa en la tierra. Yo, empero, que creo en un orden de cosas superior al orden de los fenómenos que á nuestra razon y á nuestros sentidos es dado percibir y explicar; yo, que estoy persuadido de que no se hallan entre nosotros todas las causas de lo que á nuestros ojos sucede; acostumbrado á ver la mano de la Providencia en los sucesos al parecer más insignificantes de la vida, no es mucho que la conozca en aquellas ocasiones en que con más solemnidad quiere como revelarse á nosotros.

Sí; un poeta puede confesarlo: puede decir que cree en las *causas finales*; que cree en la *predestinacion*, y que cree que si la humanidad toda concurre á la obra que la inteligencia suprema le ha trazado, cada hombre, y so-

bre todo, cada especialidad concurre á un objeto fijo y determinado. Sin esta creencia, el libro del mundo es un enigma incomprensible, y el de la historia es un tejido de absurdos. Fiel á esta creencia, y juzgando que Larra era algo en la tierra; que en esta nacion, en esta agregacion de nulidades donde su existencia descollaba con tanto brillo, no en vano sus producciones habian fijado tan vivamente la atencion pública, y que su pérdida dejaba un vacío, no sólo en la literatura, sino en la sociedad; cuando á orillas del sepulcro del malogrado escritor que nos dejaba, vi brotar el poeta que nacía, el hecho era de demasiado bulto, la aparicion demasiado fatídica para no reconocer en el nuevo génio una mision tan especial como la del primero.

Los presentimientos análogos que hasta ahora he tenido, no han sido nunca vanos; el de aquella tarde no lo ha sido tampoco: los acentos del nuevo bardo sorprendieron desde luego y arrebataron. Agitado de la calentura del génio y de la maravillosa fecundidad de que le ha dotado el cielo, en pocos meses ha lanzado al público una multitud de composiciones, que no pasaron efímeras, como la mayor parte de las fugitivas producciones de nuestros días, ó conocidas sólo de los inteligentes, como las de épocas anteriores. Recibidas ora con admiracion, ora con extrañeza, ora con entusiasmo, ora con desagrado, segun las ideas y carácter de cada uno, no lo han sido nunca con indiferencia. Leidas y releidas, oídas y recitadas por todos; el ánsia con que se buscan los periódicos donde se publicaron algunas, ha obligado á recogerlas en la presente coleccion.

Y no sólo en elogios y alabanzas ha consistido su popularidad. Tambien han sido parodiadas, y puestas en ri-

dículo é imitadas por malos poetas, que es la más infeliz parodia: tambien han sido tachadas de inmorales, de incomprensibles, y hasta equiparadas en algun artículo de periódico á los discursos de varios *célebres* oradores de nuestras actuales Córtes. Pues bien: esta novedad y admiracion, esas sátiras é invectivas, esas imitaciones de la medianía, y esas hostilidades de la envidia son el grande éxito, la corona del talento, el sello de la especialidad.

Nuestra época se afanaba en producir un poeta que estuviese á su nivel y en armonia con ella; que fuese como el representante literario de la nueva generacion, de sus ideas, de sus sentimientos y creencias. Varios jóvenes, al parecer, con esta esperanza, y con éxito más ó ménos feliz, se habian presentado hasta ahora en la escena, y el público no dejó de vislumbrar en ellos ráfagas de nueva luz, y sentir aliento de nueva vida; pero á la aparicion de Zorrilla ha visto ya el oriente de un astro muy luminoso.

Tibios todavía sus primeros rayos, han despertado en su derredor todo un hemisferio de poesía; y si aun no ha nacido el sol, estrellas muy resplandecientes se eclipsaron ya ante su brillante crepúsculo. Si sus preludeos marcan una aurora, sus cantos sellarán una época; si su aparicion ha sido fatídica, su poesía será providencial; si el eco de su voz ha sobrecogido y su primera inspiracion fascinado, muy transcendental y poderosa será la influencia que debe ejercer, y más anchurosa de lo que se cree, la esfera de accion en que debe obrar su impulso.

¿Cuál será, empero, esta accion? ¿Cuál será el desarrollo de este gérmen? ¿Cuál será este fin?—Yo he podido adivinarlo, pero no me atreveré á predecirlo, porque los arcanos del Destino no se explican, ni los vuelos del génio se calculan. Permitátese, sin embargo, á un alma tam-

bien poética formar esperanzas; y para formularlas y para dar una idea de las conjeturas que sobre lo futuro se presentan á su fantasía, permítasele entrar en consideraciones del aspecto bajo el cual las cosas presentes se ofrecen á sus ojos. La imaginacion, la amistad, el entusiasmo podrán ejercer grande influencia en este análisis; pero el corazon, el sentimiento, la fantasía, son el único *método analítico* aplicable á las obras de un poeta.

En el estado actual de nuestra indefinible civilizacion, la poesía, como todas las ciencias y artes, como todas las instituciones, como la pintura, la arquitectura y la música, como la filosofía y la religion, ha perdido su tendencia unitaria y simpática y sus relaciones con la humanidad en general, porque no existiendo sentimientos ni creencias sociales, carece de base en que se apoye, y de lazo que á la humanidad la ligue. Sin poder proclamar un principio que la sociedad ignora, sin poder encaminarse hácia un fin que la sociedad no conoce, ni dirigirse hácia un cielo en que la sociedad no cree, la poesía, dejando una region en la que no hallaba atmósfera para respirar, se ha refugiado como á su último asilo á lo más íntimo de la individualidad y del seno del hombre, donde aun, á despecho de la filosofía y del egoismo, un corazon palpita y un espíritu inmortal vive. Pero un hombre, en su aislamiento, es el más miserable y desgraciado de los seres. La Providencia ha hecho necesaria para la dicha y perfectibilidad del hombre la asociacion; asociacion que no es el agregado de muchos individuos de la especie humana, sinó el conjunto de las facultades que en comun poseen, la comunion de sus ideas y de sus sentimientos; de la inteligencia y de la simpatía. Mas hay épocas, tristes para la humanidad, en que estos

lazos se rompen, en que las ideas se dividen y las simpatías se absorben; en que el mundo de la inteligencia es el caos; el del sentimiento, el vacío; en que el hombre no ejercita su pensamiento sinó en el análisis y en la duda, y no conserva su corazon sinó para sentir la soledad que le rodea, y el abismo de hielo en que yace.

Entónces el génio puede volar aun; pero vuela, como el Satanás de Milton, solitario y por el caos: el sol le causa pena; la belleza del mundo, envidia. Su poesía es solitaria como él; y como él, triste y desesperada. Canta, ó más bien, llora sus infortunios, su cielo perdido, el fuego concentrado en su corazon, las luchas de su inteligencia y las contrariedades de su enigmático destino. Sus relaciones con la naturaleza no pueden ser expansivas, ni sus relaciones con los hombres simpáticas. Replegado en su individualismo, sus relaciones con Dios podrán aun ser muy vivas; pero sólo en su presencia, si la reconoce; y sólo en el universo, si tal vez ha renegado de la Providencia: los himnos que debian consagrarse á una religion de amor, serán solamente gritos de desesperacion y de impío despecho, ó extravíos de un abstracto y estéril misticismo.

Tal es, á mis ojos, el carácter de la época presente; tal es tambien su poesía: la poesía dominante, la poesía elegiaca actual; poesía de vértigo, de vacilacion y de duda; poesía de delirio, ó de duelo; poesía sin unidad, sin sistema, sin fin moral ni objeto humanitario, y poesía, sin embargo, que se hace escuchar y que encuentra simpatías, porque los acentos de un alma desgraciada hallan donde quiera su cuerda unisona, y van á herir profunda y dolorosamente á todas las almas sensibles en el seno de su soledad y desconsuelo.

Zorrilla ha empezado, y no podía ménos de empezar, por este género. Hijo del siglo, le ha pagado tambien su tributo de lágrimas; ha pasado por bajo el yugo de su tiranía; ha llorado tambien á solas, y ha dado al viento sus sollozos; ha golpeado su frente de poeta contra el calabozo que le aprisionaba; ha forcejeado por quebrantar cadenas que no son lazos; ha invocado el auxilio de Dios, y ha renegado del cielo; ha cantado el éxtasis de los bienaventurados y saludado á la Reina de los Ángeles; y ha lanzado gemidos de desesperacion infernal, y llamado en su socorro la muerte y la nada.

Y cuando la fuerza expansiva de su inspiracion, arrancándole de su individualismo, le lanzó á más ancha esfera, y le hizo recorrer, á pesar suyo, la sociedad que se agitaba á su alrededor, no se deslumbraron sus ojos con el brillo que despedía el oropel de la civilizacion, sino que instintivamente penetrantes, bien conocieron sobre el lecho de oro y púrpura, á la enferma que agonizaba abandonada y sola, y bien acertaron á ver más allá, bajo la suntuosa lápida del sepulcro cincelado, la brillante mortaja de seda y pedrería pronta á cubrir la fetidez de un cuerpo, presa ya de la gangrena y de la muerte.

El instinto perspicaz de su inspiracion le ha representado al mundo moral en su espantosa anarquía y desnivel, en su desorganizacion y fealdad. Y arrebatado, á tal vista, de un vértigo de tristeza y amargura, asomó á sus labios aquella risa horriblemente sardónica, con que el hombre, en el último extremo de desesperacion y miseria, escarneciendo á los demás y á sí mismo, pregunta al cielo como burlándose, qué es lo que tal desórden significa: duda si se debe tomar en sério la suerte de la humanidad; mezcla reflexiones profundas y terribles con sátiras amar-

gas y ridículos contrastes, y entre el llanto de un funeral hace oír las carcajadas de una orgía.

Entónces, evocando la sombra de Cervantes, tiene con ella el singular diálogo en que nuestro poeta se mofa de sus tiempos, tan á su sabor (si bien con otra hiel y tristeza), como aquel génio inmortal parodiaba los suyos. Entónces, personificando en Venecia á todas las naciones degradadas y á todos los pueblos corrompidos, despues de haber descrito en versos dignos de Calderon y de Byron la grandeza de su antiguo poderio, y el polvo y cieno en que desde su elevacion se hundieron, repentinamente *levanta una carcajada para apagar sus gemidos*, y termina su fúnebre canto entre la báquica algazara de un festin, como se suele ver en tiempos de peste y mortandad entregarse los hombres á desórdenes y excesos, para apurar los goces de su existencia, amenazada entre la embriaguez de los placeres. Y por último, en otro momento de inspiracion más poderosa y más profunda, abarcando de un sólo golpe de vista eminentemente sintético el cuadro de todos los vicios y de todas las monstruosas desigualdades de la sociedad, la pinta de una sola pincelada en cuatro versos dignos de la pluma de Lamennais, y que equivalen á todo un volumen de filosofia, en que dirigiendo sobre el banquete de la vida una mirada más terrible que la de Daniel sobre el convite de Baltasar, dice que

Unos cayeron beodos,
Otros de hambre cayeron;
Y todos se maldijeron;
Que eran infelices todos!

Empero lo que más caracteriza al génio es no ser exclusivamente órgano de la época en que vive, y presentir

la que nace enmedio de las inspiraciones de lo que existe. Así Homero adivinó los tiempos de Licurgo y de Solon; así Virgilio casi pertenece al cristianismo y á la edad media; así el Dante apénas se concibe cómo haya escrito en el siglo XIII; así Cervantes en una edad caballeresca todavía, predecía y aceleraba el prosaismo del siglo XVIII: por eso el instinto de todos los pueblos ha reconocido siempre en la inspiracion poética el don de la profecía.

El génio actual conserva aún reconcentrado todo lo que en la humanidad debíá haber, y todo lo que habrá sin duda, porque todavía sus gérmenes existen, no en la sociedad, pero sí en los individuos: para él aún puede haber creencias y virtudes, é ilusiones y amor, y abnegacion, y heroismo é interés, que no sean de la tierra,—y un pensamiento de Dios, una memoria del cielo, una esperanza de inmortalidad.

Por eso nuestro Poeta no tardó en conocer que la poesía á que le arrastraba su siglo,—era estéril y transitória, como debe serlo esta época de desorganizacion y de duda, como debe serlo el egoismo que nos disuelve y el escepticismo que nos hiela; y parándose en su carrera, y apartándose de la boca del Tártaro á donde caminaba, y subiéndose á un puesto más avanzado y más digno de su mision, ha visto la naturaleza bella, risueña, iluminada, viva y animada, como Dios la creó para servir de teatro á la virtud y á la inteligencia del hombre; y tiñendo su pluma de los colores del iris y de los celajes del Oriente, ha dirigido á la humanidad palabras de amor y consuelo, himnos de bendicion y alabanza al Creador:

¡Bello es el mundo! ¡Sí! ¡La vida es bella!
Dios en sus obras el placer derrama.

Entónces, enmedio del negro horizonte que le circundaba, una brisa de esperanza agitó su alma, y un rayo del sol del porvenir iluminó su frente; su Musa, empero, ántes de lanzarle en las profundidades de lo futuro, quiso anudar en su espíritu la cadena de las tradiciones,—sin las que no hay sociedad ni poesía,—y llevarle á recorrer primero los venerables restos de lo pasado. Su imaginacion debia encontrar todavía en ellos una sociedad homogénea y compacta de religion y de virtud, de grandeza y de gloria, de riqueza y sentimiento; y su pluma no pudo ménos de hacer contrastar lo que hay de mezquino, glacial y ridículo en la época actual, con lo que tienen de magnífico, solemne y sublime los recuerdos de los tiempos caballerescos y religiosos.

El primero entre nuestros poetas que ha sentido la necesidad de buscar en estas creencias y tradiciones los gérmenes de grandeza y sociabilidad que abrigan; que ha comprendido que es preciso desenterrar de los abismos de lo pasado los tesoros del porvenir, ha sido tambien el primero en dar vida poética á nuestros olvidados monumentos religiosos, y poner en escena las sagradas y grandiosas solemnidades, que hacian las delicias de nuestros Padres. Bajo su pluma vemos levantarse de entre el polvo y el cieno, que la cubren como un sepulcro olvidado, la severa capital del Imperio godo, revestida del armiño de sus Reyes y de la púrpura de sus Prelados, guerrera como sus héroes y sus armas, religiosa y política como sus concilios. Trocada despues por el árabe voluptuoso en una mansion de placeres, asistimos á sus fiestas y tornéos y caballerescas justas, perfumados de los aromas de Oriente, adornados de galas, plumas, sedas y pedrería, y respirando el aliento de las huríes.

Pero en seguida vemos alzarse gigantesca, y descollar por sobre todas estas memorias la Catedral Primada, símbolo arquitectónico del cristianismo, con los estandartes de piedra de sus torres, con las lenguas de bronce de sus campanas; y presenciamos los sagrados ritos de la religion única verdadera y más bella que ha existido sobre la tierra. Oímos el órgano cantando sus solemnes misterios por la *céntuple garganta de los tubos de metal*, y escuchamos á la par el canto de los sacerdotes, el crugir de sus túnicas y brocados: nos deslumbra el brillo de mil lámparas, reflejado en el oro de los altares y en los diamantes del tabernáculo; y prosternados con el pueblo que asiste á espectáculo tan grandioso, nos embriagamos de luz y de armonía, de aroma de incienso y de música del cielo, y se apodera de nosotros el éxtasis que remeda en la tierra el arrobamiento santo de los bienaventurados. En aquel momento los gemidos de dolor cesan, los sollozos de amargura, los ayes de impotencia y despecho se convierten en lágrimas de santa ternura y en himnos de esperanza; el desprecio de la vida y el desapego á los hombres dan lugar á la idea de la inmortalidad, premio de una existencia de virtudes y amor. La sociedad que veíamos dispersa sobre la superficie de la tierra, reunida bajo las bóvedas del templo, nos parece no tener más que un sentimiento, una voz, una *oracion* que elevar al cielo con el humo de sus ofrendas.

Allí están todas las artes: allí están la música, la pintura, la escultura, la arquitectura, concurriendo todas á un fin comun; formando todas un concierto de los talentos del hombre. El templo abarca toda la vida: la Religion completa el cuadro de la poesía, como que es la clave

de la sociedad; y al volver de nuestro arrobamiento, al sentirnos en la realidad de nuestra existencia, no podemos ménos de consagrar un suspiro de pesar por aquellos hermosos tiempos que se han perdido; un ¡ay! por los placeres de nuestros Padres, por la fé que alimentaba su vida;.... una lágrima por la Religion, hoy de muchos abandonada, un movimiento de sagrado respeto hácia las venerandas reliquias que de ella nos quedan!

Tal es el efecto de las variadas y profundas sensaciones que nuestro Poeta sabe excitar con su maravilloso canto; tal es el cuadro que presentan á mis ojos las páginas de un libro, donde algunos no verán tal vez más que figuras dislocadas, versos inconexos, ideas contradictorias. Tal es el pensamiento unitario transcendental y profundamente filosófico que resulta de estas inspiraciones, la idea moral que preside á su redaccion, y el hilo de union que liga con una trama invisible, pero fuerte, los varios trozos de este precioso mosaico. Pero este pensamiento y esta moralidad los buscarán en vano los que crean hallarlos en sargas de máximas, y en tiradas de sentencias. Para lectores de esta clase no ha escrito Zorrilla; ni, á la verdad, yo tampoco. La filosofia de que yo hablo, es una filosofia viva, animada, que transpira y brota en las cosas, y no en las palabras, como un jardin delicioso inspira ideas de placer; como la armonía de un concierto infunde sentimientos de amor ó de melancolía; como la vista del cielo y las maravillas de la naturaleza proclaman la existencia de Dios.

Sin embargo, se me dirá:—¿ha sido el pensamiento que tú descubres el pensamiento del autor? ¿Tuvo presente el objeto que le asignas, al obedecer á las inspiraciones que le han dictado sus cuadros fantásticos y sus armo-

niosos himnos? ¿Ha pensado él, por ventura, en el fin social de sus versos?... ¿ha pretendido ensalzarle en un conjunto regular, y en un sistema poético, el joven génio, que acaso no ha hecho más que ceder al ímpetu de su imaginacion en una hora de arrebató, y fijar con la pluma las instantáneas imágenes, las fugaces sensaciones que pasaban por su existencia, tal vez para no recordársele jamás? ¿Ha descendido á estas consideraciones filosóficas, á este análisis moral y religioso de sus obras, á este cálculo prévio del plan de sus trabajos?—No, sin duda. Y si hubiera sido capaz de concebirlo, acaso no lo hubiera sido de realizarlo.

El génio no raciocina: los poetas, como todas las especialidades del mundo, no tienen siempre conciencia de lo que son; cumplen su destino sin saberlo, é ignoran la teoría de la obra misma que son llamados á edificar, y el poder de los principios mismos que vienen á proclamar y difundir. Por eso los que viven á su inmediacion suelen juzgarlos con la mayor inexactitud, cuando creen ufanos que sólo ellos están en el secreto del génio; y porque ellos ven de cerca una tela tiznada de borrones y manchada con informes figuras, piensan que son ilusiones y fantásticas quimeras los primores que otros ven de léjos en un cuadro lleno de verdad y de vida. Ellos no ven más que al individuo, donde debian ver al poeta; no ven más que al autor, cuando debian examinar la obra, y miden al Escorial por la estatura de Herrera.

Oyen los lamentos de un hombre en cuyo rostro suele brillar la alegría; y no saben que son los gemidos de una generacion entera los que se exhalan de aquel pecho, y el llanto de todo un siglo el que humedece las cuerdas de su lira! Ven al mortal, afortunado acaso, quejarse de una

sociedad en que es amado, en que vive tal vez en el seno de los placeres; y no saben que á una alma eminentemente simpática, no le bastan los placeres de una existencia sola; y que la esponja de su corazon embebe y derrama la amargura de diez millones de infelices! Ven al hombre del mundo, tal vez indiferente é incrédulo predicando la religion y los misterios; y no conocen la terrible personificacion del siglo atéo, obligado á arrastrarse al pié de los altares, buscando un resto de fuego que reanime su helada existencia, é implorando, por gracia, al cielo una creencia, un rayo de verdad y de luz que alumbré á la humanidad, y le enseñe la senda de su destino en la espantosa noche del escepticismo que la circunda. Nó. Ellos no ven ni al hombre moral siquiera, al individuo en sus interioridades, en sus ilusiones, en sus flaquezas, en sus contrastes y en sus misterios; no ven más que al hombre uniformemente vestido, al hombre del café y del paséo, del teatro y de la orgía; que se modela por los demás, y que se hace más superficial, más pequeño, más material y positivo de lo que es en el fondo de su corazon.—Y luego exclaman: ¡Hé aquí el hombre! ¡Hé aquí el filósofo! ¡Hé aquí el poeta!

Pero la sociedad sólo vé el génio, sólo contempla y admira la creacion de la inteligencia y de la inspiracion. Él se la lanza, como la Pitonisa el oráculo, como la estatua de Memnon su armonía. Ella la recibe, ella la descifra, ella la comprende.

Si, Poeta: la sociedad te comprenderá mejor que los sábios y que los eruditos. Tus mágicos preludios no serán perdidos ni infecundos. Sigue tu grandiosa carrera: avanza desde tu aurora á tu porvenir de gloria y esplendor. Tú has cantado los dolores del corazon, los misterios del alma, las maravillas de la naturaleza y el poder de la ins-

piracion. Tú, manchado de polvo y de fango, el cuadro chillante y desentonado de una civilizacion anárquica y desnivelada: tú has matizado con los tintes de la luz de Oriente las sombras de la edad pasada, y nos has mostrado una luz todavía encendida en el fondo de los antiguos sepuleros. Sigue.—El Destino tal vez te reserva otra carrera, y te prepara otra corona: tu poesía se lanzará hácia un nuevo período más brillante y más filosófico. Tú conoces que lo presente no es digno de tí; pero debes saber también que lo pasado, fué ya; que lo que ha muerto una vez, no resucita jamás; y que es ley de la Providencia que la humanidad no retroceda nunca.

El porvenir te aguarda; ese porvenir misterioso que se cierne sobre la Europa, y con cuyos encantos soñamos, como se sueña en la adolescencia con las gracias de una amante que se forja el corazón. Esa edad por que la juventud suspira; esa edad invocada por los votos de nuestros corazones; esa edad, tierra de promision en este desierto, para nuestras fervientes y religiosas esperanzas, tú ya es; y ántes que nosotros debe llegar á ella esa fantasía que, á velas desplegadas, boga por el mar de los tiempos.

A tu musa está reservado pintar esas maravillas desconocidas, y rasgar á nuestros ojos el velo á cuyo través ahora casi ni vagamente se trasluce. Tú sólo serás capaz de realizar en tus proféticas creaciones ese apocalipsis de la inteligencia; esa época de reorganizacion y de armonía, en que la grandeza de los antiguos tiempos se multiplique por la belleza y progresos de la civilizacion moderna, despojada ésta de su egoismo, como aquella de su barbarie; en que una ley universal de justicia, sabiduría y libertad, reuna en una familia comun las naciones ahora aisladas, y en que una religion de amor y paz realice so-

bre la tierra el glorioso destino á que la humanidad es llamada.

Sí, Poeta. Tal vez tus versos nos pinten lo que los políticos no se atreven á calcular: tal vez á tu canto se revele lo que á la filosofía no le es dado prever. La Providencia no te ha hecho aparecer en vano; y pues que te evocó de una tumba, tú debes saber cosas que los mortales ignoramos. *Cumple, pues, tu mision sobre la tierra!*

No importa que los que á sí mismos se desprecian; los que no se creen nacidos con fin alguno; los que piensan que existen arrojados por el acaso, como piedras en el pozo de la vida; los que niegan la prevision de la inteligencia suprema, el soplo divino del espíritu humano, su imperio sobre el mundo; y los que á trueque de no reconocer los privilegios del génio niegan también su existencia, hayan ridiculizado esa frase tuya, y tomen un pensamiento de piedad por un pensamiento de soberbia. Tú, empero, que crees en ella porque oyes dentro de tí la voz divina que te la dicta, sigue sereno, á pesar de las tempestades que en el horizonte asoman, la inspiracion sublime que te lleva á otro mundo.

Yo te he visto partir, mi querido amigo; yo también habia querido lanzarme á ese Océano. Pero delante de tí he recogido mis velas, y me he quedado en la ribera, siguiéndote con mi vista y con mis votos. Sí; yo en mis ilusiones habia creído que tenia una mision que cumplir. Has venido tú, y me queda otra, bien dulce, bien deliciosa: la de admirarte y la de ser tu amigo.

MADRID 14 de Octubre de 1857.